

La supresion de los templarios causó viva impresion en los espíritus; se acerca el tiempo, dice un poeta inglés, en que sucederá lo mismo á todas las órdenes (1). ¡Cosa extraña! el monaquismo encontró sus más rudos adversarios en el seno mismo de los monasterios. En el siglo XVI un fraile fué el que dió el golpe de gracia al monaquismo; ya en el siglo XV, un fraile dijo que el mundo andaria mucho mejor si no hubiera frailes (2). Aparecen en seguida los precursores de la Reforma, que anuncian la próxima revolucion: *Wyclif*, lejos de considerar la vida de los religiosos como un estado de perfeccion, ve en ella más bien un obstáculo á la práctica de la verdadera religion de Cristo; llega hasta á decir que los que pertenecen á la religion de San Benito ó de San Francisco, no son de la religion cristiana (3). No necesita ya más Lutero que dejar oír su poderosa voz para que la muerte monástica deje paso á la vida.

§ II.—Reaccion contra el espiritualismo cristiano.

N.º 1.—El ideal cristiano. El celibato.

El espiritualismo cristiano no ha entrado jamas en la conciencia general; esto solo prueba que es falso. Si fuese la expresion de la verdad, hubiera debido ser aceptado como fin, áun cuando, por razon de su elevacion, no se le hubiera seguido en la realidad. Pero la sociedad láica ha tenido siempre un concepto de la vida completamente diferente de la que se deduce del cristianismo. Así ha sucedido desde la Edad Media, la época en que la influencia de las ideas cristianas parece absoluta. En vano se ha pretendido lo contrario; no tenemos más que poner en presencia el ideal, tal cual lo concebían los más grandes doctores de la Iglesia, y el ideal láico para convencernos de que tenía lugar una reaccion en la sociedad contra el espiritualismo cristiano, reaccion de la vida verdadera contra una falsa vida.

(1) WARTON, *History of english poetry*, t. II, p. 57 nota.

(2) DU MÉRIL, *Poesías de la Edad Media*, p. 140.

(3) Estas proposiciones se encuentran entre las que condenó el concilio de Londres en 1382 (MANSI, t. XXVI, p. 695).

El espiritualismo cristiano se concentra en la exaltacion de la virginidad. A primera vista pudiera creerse que esta creencia domina lo mismo en la sociedad láica que en la teología. La Virgen es la diosa de la Edad Media, y la mujer es la divinidad de la caballería: ¿no es éste el mismo pensamiento bajo formas diferentes? Interroguemos á los doctores más ilustres del catolicismo; ellos nos dirán si el culto de la Virgen ha influido sobre la idea que se formaban de la mujer y de su mision. Hemos dicho en otra parte que el cristianismo, áun cuando mejorando la condigion de la mujer, le guardó mala voluntad, puesto que imputaba la caida de Adán á la madre del género humano (1). Esta preocupacion se nota en el tono desdeñoso con que los Padres de la Iglesia hablan de las hijas de Eva. ¿Emplean los doctores del siglo XIII un lenguaje más respetuoso, expresion de un sentimiento más justo? *San Buenaventura* ha recogido en los Padres más hostiles á la mujer los testimonios que le son más contrarios, y dándoles cabida en una obra teológica, les ha atribuido casi la autoridad de un dogma. «¿Qué es la mujer? exclama *San Crisóstomo*. El enemigo de la amistad, una pena inevitable, un mal notorio, una tentacion natural, un peligro doméstico; las más hermosas no son más que sepulcros blanqueados.» *San Jerónimo* es todavía más desabrido y más brutal. «La mujer es la puerta del diablo, el camino de la iniquidad, la picadura del escorpion» (2). En lugar de suavizarse, el lenguaje de los doctores cristianos es cada vez más injurioso; diríase que quieren protestar con la dureza de sus censuras contra el culto idolátrico que el mundo rinde á las gracias de la tentadora. «La mujer, dice *Hugo de Saint Victor*, es la causa del mal, el principio de la falta, el foco del pecado; ella ha seducido al hombre en el Paraíso, le seduce todavía en la tierra y le arrastrará á lo profundo de los infiernos» (3). Estas ideas no eran solamente las de los místicos, las de los exaltados; *Vicente de Beauvais*, espíritu sin originalidad, nos hace ver cuál era la opi-

(1) *Estudios sobre el Cristianismo*.

(2) SAN BUENAVENTURA, *Pharetra*, I, 8 (t. VI, p. 108).

(3) HUGO DE SANCTO VICTORE, *de nuptiis*, I, 2.— Los autores de la *Historia literaria* (t. XIII, p. 500) atribuyen esta obra á HUGO DE FOULLOI, prior de San Lorenzo.

nion común de los escolásticos: «La mujer es un dulce veneno que da la muerte eterna, es una antorcha de Satanás, la puerta por la cual entra el demonio» (1). No faltaba ya más que hacer de la mujer engañada por el espíritu maligno el cómplice del demonio; no se omitió esta injuria. Un obispo que ha hecho un estudio especial de la demonología, *Guillermo de Auvergne*, hace notar que los demonios aparecían siempre bajo la forma de una mujer, al paso que los ángeles buenos toman la forma de un hombre (2).

Hoy atribuimos al cristianismo el espíritu de igualdad que se ha difundido por el mundo; tal vez en nuestra excesiva imparcialidad, atribuimos á la religión una gloria que no le pertenece. Es indudable que los doctores más ilustres de la Edad Media, de acuerdo con los Padres de la Iglesia, consideran á la mujer como un sér inferior al hombre. De todos los filósofos de la antigüedad, Aristóteles es el que muestra más desprecio hácia la mujer; en su orgullo de hombre, ve en ella casi una monstruosidad. «La naturaleza, dice, tiende siempre á engendrar varones; solamente por impotencia ó por accidente produce una mujer.» *Santo Tomás* repite este ultraje (3); añade que el hombre es el tipo de la perfección, y la mujer el tipo de la imperfección (4). Esto no es ya una reminiscencia de la antigüedad pagana, un error de Aristóteles, aceptado con demasiada facilidad por sus discípulos católicos; el doctor angélico encuentra la confirmación de su doctrina en la Sagrada Escritura, en la Revelación. «La mujer ha sido hecha del hombre, para indicar la preeminencia de éste: el hombre, creado á imagen de Dios, es el principio de todo el género humano, del mismo modo que Dios es el principio de todo el universo.» La desigualdad de la mujer es tan radical en opinión de los pensadores cristianos que la suponen aún en el Paraíso. «La mujer, aún sin el pecado, hubiera estado sujeta al hombre; porque,

(1) VICENTIVS BELLOVACENSIS, *Speculum Morale*, lib. III, dist. 5, de fugienda societate mulierum, p. 1396.

(2) GUIL. ARVERNENSIS, *de Universo*, p. 1086.

(3) S. THOMAS, *Summa theologica*, P. 1.^a, qu. 92, art. 1.

(4) S. THOMAS, *Commentar. in Libr. Job*, c. 1, lecc. 1 (*Op.*, t. XIII, p. 100): «Mares comparantur ad feminas, sicut perfectum ad imperfectum.»

dice *Santo Tomás*, el hombre tiene naturalmente más razón.» La desigualdad no es pues, consecuencia de la caída; es obra del Creador. ¿Cuál es en definitiva la misión de la mujer? El Génesis dice que *no le conviene al hombre estar sólo*. Comentando estas palabras *San Agustín*, pregunta: ¿por qué Dios ha dado la mujer como ayuda al hombre? No encuentra más fin que la procreación, «del mismo modo que la tierra es necesaria para que la semilla produzca las plantas.» «No es para ayudar al hombre en su trabajo, añade el padre latino, porque evidentemente otro hombre hubiera sido más útil; y mucho menos para consolarle: ¿no se avendrían mejor dos amigos para la vida común que el hombre y la mujer?» *Santo Tomás* reproduce las ofensivas palabras del Padre de la Iglesia (1).

¿Hay necesidad de contestar á estas injurias, qué merecerían ser calificadas de impertinencias, á no ser por la gravedad de los hombres que las han proferido? No nos tomaremos el trabajo de refutarlas; la conciencia moderna responde por nosotros. «No, la mujer no es un terreno en el que se siembra, es la compañera del hombre, y sin ella el hombre es un sér incompleto.» En lugar de recriminar á *San Agustín* y á *Santo Tomás*, preferimos hacer constar los progresos que el espíritu humano realiza bajo la mano de Dios. Grandes genios, los mayores del cristianismo, emiten sobre la naturaleza de la mujer y su misión ideas que dicen estar conformes con la Revelación; y sin embargo, esta pretendida verdad no es más que una preocupación cristiana, rechazada hoy hasta por aquellos que proclaman siempre la verdad absoluta de la Revelación. Hay pues, digan lo que quieran los detractores pesimistas de la humanidad, progreso en el dominio de las ideas y de los sentimientos. Si *San Agustín* y *Santo Tomás* volviesen á este mundo no enseñarían ya lo que han enseñado. El ideal ha cambiado; no consiste ya en la virginidad, esto es, en la separación del hombre y de la mujer; consiste en su unión.

Pero este ideal, ¿no es en cierto sentido el del cristianismo? ¿No hace la Iglesia del matrimonio un sacramento? Sí, el matri-

(1) S. THOMAS, *Summa theologica*, P. 1.^a, qu. 92, art. 1.

monio es un sacramento, pero cuando se penetra en el fondo de la doctrina cristiana, se descubre en ella una nueva injuria para la naturaleza humana. ¿Por qué razón es un sacramento el matrimonio? ¿Será porque la unión del hombre y de la mujer sea santa? No. Los doctores de la Edad Media, lo mismo que los Padres de la Iglesia, no admiten el matrimonio más que como un remedio para una naturaleza corrompida. Un Papa, uno de los más grandes Papas lo dice: «El Apóstol, al permitir el matrimonio, hace el oficio de un médico celestial: no trata de prescribir una regla para hombres sanos, sino de dar un medicamento á los enfermos» (1). El *Libro de las Sentencias*, esa Biblia de la escolástica, consagra la doctrina de Gregorio el Grande: «El matrimonio es un sacramento á título de remedio contra la incontinencia; se consiente á los débiles á fin de prevenir un mal mayor» (2). Considerado en sí mismo, lejos de ser santo, es más bien un mal. «Si San Pablo lo autoriza, dice el cardenal Damian, es á pesar suyo» (3).

Hoy creemos que la unión del hombre y de la mujer es el instrumento divino de su educación. Oigamos á Santo Tomás: «El matrimonio es un mal, primeramente en cuanto al alma, porque nada hay más fatal á la virtud, como dice San Agustín, que la unión de los cuerpos; por esto en el Exodo se mandó á los Hebreos que iban á recibir la ley de Dios, que se abstuvieran de él durante tres días. El matrimonio es además un mal en cuanto al cuerpo, porque el hombre se somete á la mujer, que es la más amarga de las servidumbres. En fin, el hombre que tiene mujer é hijos, tiene necesariamente que ocuparse de las cosas exteriores; ahora bien, San Pablo dice que es imposible servir á Dios mezclándose en los negocios de este mundo» (4). Tantos males como nacen del matrimonio son otros tantos obstáculos como se oponen á nuestra salvación: *El Ángel de la Escuela* previene á los que quieren llegar á la perfección, que deben *ante todo* evitar el casar-

(1) GREGOR. MAGNI *Regulae pastorales*, III, 27 (t. II, p. 80).

(2) P. LOMBARDI *Sententiarum*, IV, 2, 1.

(3) DAMIANI, *Opusc. XLI*, 3 (*Op.*, t. III, p. 300).

(4) S. THOMAS, *Commentar. in Epist. I ad Corinthios*, c. 7, *lectio I* (*Op.*, t. XVI, p. 62, v.º).

se, porque el matrimonio compromete necesariamente al hombre en los lazos del siglo (1).

Después de esto, ¿preguntaremos á los doctores cristianos lo que piensan del amor? Considerando al matrimonio como un remedio para nuestra naturaleza corrompida, deben ver en el amor la señal de esta corrupción. *Hugo de Saint Victor* anda rebuscando expresiones despreciativas para criticar el más noble de los sentimientos del hombre: «El amor de la mujer es el antro de la muerte, es la ola del mar que nos arrastra al fondo del abismo» (2). *San Buenaventura* describe los caracteres del amor, que llama amor carnal: es el amor tal cual los hombres lo conocen, tal cual la naturaleza lo inspira. El ilustre doctor lo reprueba como un acto vergonzoso: «el matrimonio no lo legitima, dice, apenas lo excusa; pero en sí mismo, el amor es una cosa odiosa, execrable; es un obstáculo al amor de Dios, el único amor legítimo» (3). ¿Cómo han de poder hacer justicia los doctores cristianos á la inclinación más legítima de la naturaleza humana, cuando la naturaleza no es para ellos más que concupiscencia de la carne? Su ideal es un estado contrario á la naturaleza; la reprobación, la destrucción de la naturaleza; es decir, la virginidad. *Guibert de Nogent*, á ejemplo de los Padres de la Iglesia, atribuye la ley del celibato á Dios. «Jesucristo, nacido de una virgen, permaneció virgen; así nos ha mostrado el camino que debemos seguir, es como si hubiese dicho: «Yo os permito el matrimonio en razón de vuestra fragilidad, pero por mi nacimiento y por mi vida os señalo de una manera evidente el camino de la perfección» (4). Si la virginidad es el ideal, el amor, aun en el matrimonio, no puede ser más que lo contrario del ideal. *San Buenaventura* no retrocede ante esta consecuencia. «La virginidad supera á la continencia conyugal por la dignidad; porque por una parte hay una pureza angélica, y por la otra una vil corrupción» (5).

Bajo el punto de vista cristiano, esto es lógico, esto es irrefu-

(1) S. THOMAS, *De perfectione vite spiritualis*, c. 8 (*Op.*, t. XVII, p. 116, v.º).

(2) HUGON A S. VICTORE, *De nuptiis*, lib. I, Prolog.

(3) S. BONAVENTURA, *De profectu religios.*, II, 27 (t. VII, p. 587).

(4) GUIBERTUS, *De Virginitate*, c. 4, p. 314.

(5) BONAVENTURA, *in Sentent.* (t. V, P. 2.º, p. 379).

b. Gregorio VII, imponiendo el celibato al clero, obraba á la vez como cristiano y como político. El gran papa no sospechaba que el ideal que le inspiraba era falso; pero los que se sublevaban contra la ley del celibato no conocian tampoco que daban un paso fuera del cristianismo. Apénas dada la ley del celibato, fué combatida dogmáticamente. Los adversarios de Gregorio VII negaban que Jesucristo hubiese establecido el celibato; decian que era una institucion humana que violaba las leyes eternas de la naturaleza (1). La que sublevaba á los enemigos del celibato era la corrupcion y la hipocresía que se ocultaban bajo el manto de la perfeccion cristiana: los santos que evitaban el matrimonio como una imperfeccion, se entregaban á la fornicacion, al adulterio, al incesto, á la sodomía. La inmoralidad llegó á ser tan general, que los láicos obligaron á los clérigos á tener concubinas, á fin de salvar el honor de sus mujeres y de sus hijas (2). El remedio aún fué ineficaz, dice *Clemangis* (3); tan desmoralizado estaba el clero por el celibato en aquellos buenos tiempos antiguos cuya pureza tanto se ensalza.

La realidad daba un triste mentís á las soberbias pretensiones de los elegidos de Dios. A la existencia espiritual, que no era más que una mentira, opusieron los poetas las leyes eternas de la naturaleza: «El hombre no es un espíritu puro; ¿por qué, pues, imponerle una existencia puramente espiritual?» (4). La consecuencia necesaria de estas nuevas ideas era el abandono del ideal cristiano. En una composicion en verso, atribuida á un baron inglés, se recuerda que Dios es quien ha dado á los hombres la ley del matrimonio: «Creced y multiplicaos», dice la Ley Antigua, y Jesucristo no ha abolido este precepto (5). El matrimonio es, pues, una institucion divina; el glosador del *Espejo de Sajonia* lo

(1) *Rotomagensis Anonymi tractatus an liceat sacerdotibus inire matrimonia* (*Fasciculus rerum fugiendarum*, t. II, p. 166, escrito hácia el año 1120).

(2) En el siglo XIII, en la Dinamarca y la Frisia: «*up dat se audere liden bedden nicht besudelen.*» (BAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. VI, p. 261).

(3) CLEMANGIS, *De præsulibus simoniaciis* (*Op.*, p. 165).

(4) *Consultatio Sacerdotum*, en FLACIUS ILLYRICUS, *Varia poemata*, p. 371-377.

(5) FLACIUS ILLYRICUS, *Varia poemata*, p. 236-238.

celebra como tal (1). Los grandes doctores del cristianismo comparaban la virginidad con el matrimonio, para criticar la union conyugal; en el siglo XIII los poetas religiosos hacen la misma comparacion, pero es para colocar el matrimonio por encima de la perfeccion seráfica de los monjes (2).

Apénas llevaba la ley del celibato dos siglos de existencia, cuando voces respetables reclamaron su abolicion. A principios del siglo XV, un abogado, del rey, en una memoria dirigida á Felipe el Hermoso, combatió vivamente el celibato: «En lugar de producir la pureza de las costumbres, dice, conduce á la corrupcion y á la hipocresía» (3). La sociedad religiosa se asoció á estas ideas por conducto de un obispo. *Guillermo Durantis* expuso en el concilio de Vienne (en 1312) que desde hacia doscientos años no habian cesado los papas de reprimir la incontenencia de los clérigos: «Puesto que la experiencia demostraba que el celibato forzoso era impracticable, ¿no sería mejor volver á la costumbre de la Iglesia oriental, tanto más cuanto que esta costumbre data del tiempo de los Apóstoles?» (4). En el siglo XV hubo un verdadero levantamiento contra el celibato: en toda la cristiandad se pidió á grandes gritos que la Iglesia devolviese á los clérigos el matrimonio como condicion de moralidad (5). En Alemania aparecieron dos escritos cuyos títulos solamente anunciaban la futura revolucion: la *Reforma de Segismundo* y la *Reforma de Federico III*. Uno y otro manifiestan la imposibilidad de practicar el celibato y la inmoralidad que de él resulta; el último va aún más lejos, se-

(1) FLACIUS ILLYRICUS, *Test. Veritat.*, p. 1492.

(2) REINMAR VON ZWETER (VON DER HAGEN, *Minnessinger*, t. II, p. 218, núm. 230).

(3) *Biblioteca de l'Ecole des Chartes*, II.^a Serie, t. III, p. 297: «Los votos de continencia han alejado del santo ministerio á los hombres que vivian en matrimonio; pero no han rechazado y no rechazan á los fornicadores, los adúlteros, los incestuosos, que se llaman continentes y que no se entregan más que al disimulo y á la hipocresía.»

(4) GUILIELMUS DURANTIS, *Tractatus de modo generalis concilii celebrandi*, p. 2.^a, rubr. 46 (GIESELER, t. II, 2, § 65, nota g, p. 295).

(5) Tomamos los testimonios que siguen de GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 4. § 139, nota o; y de THEINER, *Der Coelibat*, t. II, p. 693 y sig.

ñala la oposicion entre la ley de los clérigos y la de los laicos: «¿Por qué para unos la virginidad y para los otros no? No puede haber más que una ley para los discípulos de Cristo; la una ó la otra es, pues, falsa.» Esto era un verdadero llamamiento á la Reforma; nada de distincion entre los clérigos y los laicos; una sola vida, un solo ideal.

El siglo XV es la edad del Renacimiento, y el Renacimiento es la vuelta á la ley natural. El carmelita *Bautista de Mantua* dice en versos elegantes que «el yugo de Jesucristo es dulce, al paso que el celibato le convierte en una carga que está por encima de las fuerzas del hombre.» *Polidoro Virgilio* dice que el único medio de devolver la moralidad á los clérigos es permitirles un amor legítimo. «¿Qué ha hecho la ley del celibato, exclama *Alain Chartier*, más que convertir la honesta cohabitacion de una sola esposa en multiplicacion de lujuria y de desenfreno?» «La Iglesia, dice el *Arzobispo de Palermo*, debe hacer como los médicos buenos; ve que el medicamento produce más mal que bien, pues que lo deseché.» El Cardenal *de Saint Georges* hace notar que el Apóstol no ha hecho de la virginidad un precepto, sino un consejo; que se deje, pues, á cada cual consultar libremente sus fuerzas y su vocacion. Finalmente, el matrimonio encontró un partidario hasta en la Sede de San Pedro: Pío II, que en su juventud no habia observado mucho la ley de la virginidad, confesó que habia habido muy buenas razones para imponerla al clero, pero que las habia mejores aún para abolirla.

¿Por qué no puso Pío II manos á la obra, él, á quien la propia experiencia habia convencido de la inmoralidad de la continencia forzosa? Porque la Iglesia está en la fatal necesidad de conservar el celibato, á pesar de sus abusos, aún á costa de la corrupcion del clero. No exageramos. En el concilio de Constanza un cardenal dijo que valdria más permitir el matrimonio á los clérigos que imponerles una ley imposible. *Gerson* tomó la defensa del celibato, aunque confesando que no era más que una ficcion: llega hasta contentarse con la apariencia, con tal que se evite el escándalo. ¿Cuál es, pues, el grande interes que hace sacrificar los principios de la moral á un hombre como *Gerson*? «Más vale, dice, tener sacerdotes incontinentes, que no tener sacerdotes de

ninguna especie: de los dos males debemos escoger el menor» (1). Así, pues, según *Gerson*, el celibato es inseparable del sacerdocio. Creemos que bajo el punto de vista cristiano tiene razon. Pero las palabras de *Gerson* son la condenacion más concluyente del celibato y de la Iglesia. No, no se puede, en interes de la jerarquía católica, imponer una ley que engendra necesariamente la inmoralidad; ¡antes que esto, perezca la Iglesia! Y, si el ideal de la Iglesia está indisolublemente ligado al cristianismo, ¡perezca también el cristianismo! porque la moral domina las mudables formas de las religiones.

N.º 2.—El ideal laico.

La sociedad laica condena el celibato; rechaza, pues, los consejos evangélicos, y se aleja, sin saberlo, del cristianismo. Si no quiere la virginidad, ¿cuál es, pues, su ideal? Existe en gérmen en las aspiraciones de la Edad Media, pero envuelto aún entre nubes, oscurecido por las pasiones, alterado por la debilidad humana. Una sola cosa es evidente: que la sociedad laica tiene ante sí un tipo de perfeccion que difiere por completo de la perfeccion cristiana. Los doctores escolásticos rebajan la mujer; la desprecian, le prodigan la injuria y el ultraje; hacen del amor una pasion animal, casi diabólica. La Caballería diviniza á la mujer, glorifica el amor, no vive más que por el amor; diríase que el mundo caballeresco no se ha hecho más que para el amor.

Sin embargo, por una singular ilusion, se ha atribuido el principio del amor caballeresco al cristianismo. Las analogías no son más que aparentes: la Caballería, por más que la Iglesia haya tratado de apoderarse de ella, es esencialmente hostil á la doctrina cristiana (2), y la oposicion existe principalmente en la idea que el cristianismo y la Caballería se forman de la mujer y del amor. Puede decirse sin exageracion que la religion cristiana no ha tenido la menor influencia sobre los sentimientos de la sociedad feu-

(1) «*De duobus malis minus est incontinentes tolerare sacerdotes quam nullos habere.*» GERSON, t. II, p. 617.—C. ID., t. III, p. 917 y 932.

(2) Esta es la opinion de un escritor que ha hecho un profundo estudio de la poesia caballeresca. (VON DER HAGEN, *Minnesinger*, t. IV, p. 395.)

dal, en lo que se refiere á las relaciones de ambos sexos. ¿Se quiere la prueba? Si el ideal cristiano hubiera tenido que manifestarse en alguna parte, lo hubiera hecho en la poesía que vive del ideal. ¡Fues bien! entre los trovadores no se encuentra ni sombra de los sentimientos cristianos. Todos prefieren el amor de su dama al paraíso; declaran sencillamente que no quisieran estar en el cielo si había de ser á condicion de no amar á la mujer que adoran (1). Los poetas más religiosos de la Edad Media, los *Minnesinger*, dicen igualmente que prefieren las alegrías del amor á la felicidad del paraíso (2). No sospechaban que cometían un verdadero sacrilegio. Si no lo sospechaban, es porque en el fondo su concepto de la vida no era cristiano; era completamente lo opuesto al cristianismo.

Un historiador que ha hecho profundos estudios sobre la Edad Media, dice que el amor caballeresco tiene su principio en el feudalismo (3). Verdad es que las relaciones del amor imitaron las relaciones feudales. El ceremonial de la union del caballero y de su dama era la imágen del contrato que mediaba entre el vasallo y su señor. Arrodillado delante de su dama, y las manos juntas entre las de ella, el caballero se le entregaba por completo, y le juraba servirle fielmente hasta la muerte. La dama, por su parte, declaraba que aceptaba sus servicios y le ofrecía los más dulces afectos de su corazón; en señal de la union que se establecía entre ellos, ella le presentaba un anillo, y despues le hacía levantar dándole un beso (4). No deben extrañarnos estas analogías. La Caballería con todos sus instintos, sus sentimientos y sus aspiraciones, es una expresión del feudalismo; su ideal del amor debe tener, pues, sus raíces en el espíritu feudal. Ahora bien, ¿qué es este espíritu más que el genio germánico, tal cual se desarrolló bajo la influencia de la conquista? *Montesquieu* ha buscado las raíces

(1) DEUDES DE PRADES (MILLOT, *Historia de los trovadores*, t. I, p. 320); BONIFACIO CALLOO (*Historia literaria de la Francia*, t. XIX, p. 587). Otros trovadores se expresan de un modo todavía más claro. (RAYNOUARD, *Poesías escogidas*, t. III, Apéndice; GUINGUENÉ, t. I, p. 407.)

(2) VON DER HAGEN, *Minnesinger*, t. I, p. 327.

(3) HALLAM, *Historia de la literatura*, t. I, p. 130.

(4) FAURIEL, *Historia de la poesía provenzal*, t. I, p. 503.

ces de la encina feudal que cubría á la Europa en la Edad Media en los bosques de la Germania; allí debe buscarse también la fuente del amor caballeresco. Hemos dicho en otro lugar (1) que los Germanos tributaban un verdadero culto á la mujer. Inútil es añadir que aquellos sentimientos eran extraños á los antiguos; lo eran también, dígame lo que se quiera, á los Árabes; el amor sensual de una raza en la que reina la poligamia, no tiene nada de comun con la exaltacion, pura en su principio, del caballero. La poesía caballeresca tributa á la mujer la misma veneracion que los Germanos. El amor es el móvil principal de las acciones del caballero. Todo caballero tiene su dama, por cuyo amor anda continuamente buscando gloria y aventuras. La mujer ocupa el lugar de Dios: el amor caballeresco es la divinizacion de la mujer.

Hémos ya en un mundo bien diferente del mundo cristiano. ¿Quién ha de creer que los trovadores y los *minnesinger* son contemporáneos de los San Buenaventura y de los Santo Tomás? Sus ideas son tan opuestas que se los creería separados por la inmensidad de los siglos. Los doctores cristianos rebajan á la mujer hasta convertirla en instrumento de producción, al paso que los poetas no cantan más que la mujer y su excelencia; el nombre mismo de los *minnesinger* indica cuál es el objeto único de su poesía: son los *cantores del amor*. Los verdaderos sentimientos de la Edad Media acerca de la mujer deben buscarse en los poetas alemanes; ellos han conservado la inspiracion de los antiguos Germanos; si sus creencias religiosas no les permiten divinizar á la mujer, al menos la presentan como la obra maestra de Dios, no hallan acentos bastante dignos para celebrar su perfeccion (2). La oposicion entre los teólogos y los poetas es muchas veces manifiesta. Los primeros guardan rencor á Eva, y no le perdonan el haber arrastrado á Adán en su caída; los poetas toman su defensa: «No es Eva, dicen, quien ha perdido al género humano, es Adán;

(1) Véanse mis *Estudios sobre los Bárbaros y el Catolicismo*.

(2) REINMAR VON ZWETTER, en VON DER HAGEN, *Minnes.*, t. II, p. 183, número 34.

por el contrario, á Eva debemos nuestra salvacion, porque de ella ha nacido el Salvador» (1).

La oposicion es todavía mucho mayor entre las opiniones de los teólogos y de los poetas respecto del amor. Los doctores cristianos más moderados ven en el amor un efecto de la concupiscencia; lo condenan ó lo deploran como una manifestacion de nuestra naturaleza viciada por el pecado. Oigamos á los trovadores: «El amor es el principio supremo de toda virtud, de todo mérito moral y de toda gloria.» «Mejora á los mejores, dice *Raimbaud de Vaqueiras*, y da valor á los más malos» (2). ¿Se dirá que éste es el amor platónico, que inspiró á Dante y á Petrarca, el cual, si no es de origen cristiano, es por lo ménos espiritualista como el cristianismo? El nombre mismo que dan los trovadores al sentimiento que inspira al caballero, prueba que estamos lejos del espiritualismo cristiano; lo llaman *joy* (a), es decir, exaltacion feliz de los atractivos de la vida, que se manifiesta por medio del valor guerrero, de la aficion á los peligros y de la cortesía (3). Los cristianos huyen de la mujer y del amor como de una ocasion segura de pecado; procuran matar el instinto que induce al hombre á amar; su ideal es convertir nuestra existencia en una anticipacion de la muerte. Para los trovadores el amor es la vida; «Aquel, dice *Bernardo de Ventadour*, cuyo corazon no siente dulzura en el amor, está ya muerto. ¿Para qué sirve la vida sin amor? ¡Ah! deseo que Dios no me imponga el castigo de dejarme vivir un mes, ni un dia, despues de aquel en que se extinga mi amor... Muy abyecta es la vida del hombre que no tiene alegría, que no dirige al amor su corazon y sus deseos, cuando todo se entrega á la alegría, cuando todo reguena con cantos amorosos, los prados, los verjeles, los bosques, las llanuras y las selvas» (4).

Se nos dirá: ¡locura de poetas! ¿Cómo creer que una sociedad

(1) JAKOB VON MAERLANT, en JONCKBLOET, *Geschiedenis der middennederlandsche dichtkunst*, t. III, p. 122.

(2) FAURIEL, *Historia de la poesía de los trovadores*, t. I, p. 499; t. II, p. 64.

(a) No tiene traduccion exacta al castellano esta palabra de los trovadores franceses.—(N. del T.)

(3) FAURIEL, *ib.*, t. I, p. 499-501.

(4) FAURIEL, *Historia de la poesía provenzal*, t. II, p. 26, 36.—RAYNOUARD, *Poesías escogidas de los trovadores*, t. III, p. 45.

cristiana haya desconocido los primeros deberes de la religion hasta el punto de entregarse por completo á un sentimiento que el cristianismo condena? ¿Cómo creer que una sociedad guerrera haya pasado su tiempo en soñar y cantar el amor? Esto, en efecto, parece poco probable, y sin embargo, es así. El cristianismo era, á la verdad, la religion dominante, pero no habia penetrado en las costumbres; en cuanto á la guerra, se olvida que la Caballería, lejos de ser un obstáculo para el amor, veia en el amor el móvil de sus empresas. Despues de todo, ahí están los hechos; son incontestables. Un grande escritor ha dicho que la literatura es la expresion de la sociedad; esto es cierto, al ménos en el sentido de que debe haber entre los sentimientos cantados por la poesía y los que reinan en la sociedad bastante relacion para que ésta comprenda á los poetas. Ahora bien, ¿se concibe que los trovadores hubiesen celebrado el amor como el principio de la vida, como la fuente de todas las virtudes, si los caballeros á quienes se dirigian hubiesen participado de las opiniones de los doctores cristianos acerca del amor terrestre? Esto es imposible. La historia confirma igualmente lo que la naturaleza de las cosas hace suponer; no eran solamente los poetas, sino todos los hombres que pertenecian á las clases elevadas los que miraban al amor como el asunto más serio de la vida. Tomarémos algunos rasgos á uno de los mejores historiadores de la Edad Media: «En 1284, dice *Villani*, se constituyó una rica y noble compañía, con un jefe á la cabeza llamado el señor del amor, y que no pensaba más que en juegos, diversiones y bailes entre damas y caballeros.» Cinco años más tarde se celebraron otras fiestas, siempre animadas por el mismo espíritu de galantería: «Cada año se constituian sociedades de jóvenes nobles que hacian construir pabellones cubiertos con tapices y telas de seda. Habia otras sociedades de señoras y señoritas que, coronadas de guirnaldas y conducidas por un señor del amor, iban por la ciudad bailando y divirtiéndose» (1). ¡Hé aquí lo que sucedia en Florencia, ciudad de comercio y de banca!

No pretendemos hacer un ideal del amor caballeresco. El con-

(1) FAURIEL, *Dante*, t. I, p. 300.—Compárese *ib.*, p. 302 las fiestas celebradas en Treviso en 1214.

cepto de los trovadores estaba falseado en su principio. Consideraban el verdadero amor como imposible en el matrimonio: «El amor, decían, es espontáneo por su esencia; no admite ley más que de sí mismo. Ahora bien, en el matrimonio la mujer es dependiente, no puede negarse á nada, los favores se convierten en un derecho y una obligación. Sólo fuera del matrimonio es todo por parte de la mujer verdadero dón, gracia voluntaria.» Los poetas llegaban hasta decir «que un esposo faltaría en parte al honor si se portase con su mujer como un caballero con su dama» (1). De esto á la inmoralidad no habia más que un paso. En otro lugar hemos explicado los errores de los poetas; eran una reaccion contra un vicio social nacido del feudalismo (2). El afecto era ajeno á los lazos que creaban la ambicion y el interes; los poetas, no viendo el amor en el matrimonio, lo declararon incompatible con el matrimonio y lo colocaron fuera de la union legitima del hombre y de la mujer. Nosotros podemos excusar su error, tanto más cuanto que está más bien en la forma que el amor tomó por razon de las circunstancias que en el fondo de la idea. Lo que lo prueba es que el sentimiento cantado por los poetas de la Edad Media sigue inspirando á los poetas modernos; pero la inmoralidad ha desaparecido y el ideal se ha conservado.

Habia, pues, un gérmen de verdad en aquel amor caballeresco al cual ciertos pensadores atrabiliarios imputan lo que hay hoy todavía de imperfecto y de inmoral en las relaciones de los dos sexos. El amor caballeresco es la primera manifestacion de una idea bastante superior á la doctrina cristiana; la legitimidad del amor, por mejor decir, su necesidad providencial. El ideal de los poetas de la Edad Media, áun en sus extravíos, aventajaba al ideal del catolicismo. Los teólogos desconocieron y tergiversaron, por decirlo así, las palabras de la Biblia: *no conviene que el hombre esté solo; no comprendieron el mito profundo de la creacion de la mujer, que hace del hombre y de la mujer un solo sér; separaron lo que Dios habia querido unir, y llegaron á hacer de la mujer un sér inferior que no sirve más que para la reproduccion de la espe-*

(1) FAUREL, *Historia de la poesia provenzal*, t. I, p. 505.

(2) Véanse mis *Estudios sobre el Feudalismo y la Iglesia*.

cie humana. El amor caballeresco levantó á la mujer de la degradante condicion que le asignaban los doctores católicos; de la esclava hizo una soberana, y del amor el principio de toda virtud. La humanidad moderna ha aceptado la idea de los trovadores en lo que tiene de verdadera; la union del hombre y de la mujer no es ya el matrimonio tal cual los teólogos lo concebían, es la union de dos seres nacidos para completarse el uno al otro y para trabajar juntos en su perfeccionamiento, ese último fin de la vida.